
HASTINAPURA

diario para el alma

Año 7, Número 37, Marzo Abril 2006

Índice

Editorial: Sobre la impaciencia.....	1
El Avadhuta Gîtâ.....	3
Flores rojas... flores blancas.....	6
La suprema religión: la religión del amor a Dios.....	9
Una enseñanza del Taittiriya Upanishad.....	11
El antiguo Egipto: la tierra de los Dioses.....	13
Del Tao Tê King.....	15
EL Almacén de azúcar	16

Editorial: Sobre la impaciencia

Por Ada Albrecht

Hijo querido:

Te habrás dado cuenta que el hombre, a través de los tiempos y en las diferentes culturas –en especial la nuestra, tan tecnificada– ha adolecido de impaciencia. Somos un nudo de nervios, de apuros. Deseamos que todos nuestros deseos y ambiciones se realicen a la brevedad. Cuanto antes, mejor. Si esa brevedad se dilata, generamos algún tipo de neurosis. Nos tornamos intratables para con nosotros mismos y para con los demás. Recuerda siempre que el estudio teórico de la filosofía no puede darte la paz que anhelas, no puede erradicar tu impaciencia. La filosofía, como un faro inefable y maravilloso, situado entre los riscos de la playa, te direcciona con su luz para que te acerques a la orilla y abandones el mar embravecido, pero ella no puede conducir la nave donde tú viajas: sólo te muestra la dirección, el camino, pero el timonel de la barca eres tú. Es tu voluntad y tu constante esfuerzo el que invoca la Gracia de Dios para que te alejes de la tormenta. Así pues, no debes exigir a tus Maestros que erradiquen de tu corazón y de tu mente, dudas, malos hábitos, problemas. Cada Maestro tuyo, como el faro de nuestro ejemplo, asume la responsabilidad de direccionarte, pero no puede andar con tus pies, porque tú eres el que debe caminar valiéndote de ellos.

Verás que toda impaciencia es hija del apego. El apego lleva al Hombre inexorablemente hacia el reino del dolor. Él es un desear continuamente que el color de la Vida sea el que nos demanda nuestro ego, pero... la vida tiene su propio color. A veces es gris, o violeta, o negro. Y otras es un esplendoroso rosado, o verde, o maravillosamente albo como las nubes de un día de primavera. Así, afánate en controlar tus apegos y controlarás tu impaciencia. Tu casa física estará en orden, tu mente luminosa, tu corazón pleno de beatitud.

Sabes en demasía que el apego es deseo. Cuida entonces que los innumerables anhelos de tu yo no ahoguen a tal punto tus sentimientos como para precipitarte en el abismo de la angustia, cuando no puedes realizar aquello que anhelas. Sé fuerte para entender las verdades más simples, y una de esas verdades es la que te dice que confíes en Dios, tu Padre, y no trates de imponer tu voluntad a cada paso que des en tu existencia. Observa con atención el crecimiento de las hojas de los árboles y plantas en la primavera, y con atención observa también su caída en el otoño. ¿Es tu voluntad la

HASTINAPURA

diario para el alma

que hace que las ramas se llenen de capullos en Octubre? ¿Es tu voluntad quien trabaja en sus raíces? Hay una profunda sabiduría que nos direcciona a hombres, piedras y vegetales, otorgándonos un destino. Sé consciente que el pueril “tú puedes”, no es capaz de lograr nada, sin la anuencia de esa gigantesca, inconmensurable Voluntad Divina, que en nuestra pequeñez, somos incapaces de concientizar, y a la cual, a veces, hasta negamos. Tu geografía mental fue diagramada por Aquel. Tienes ríos, valles, océanos, y elevadas cordilleras en el continente de tu mente. Esas formas son hijas de una ciencia misteriosa que estamos lejos de comprender. Tú eres lo que “Aquello” ha pensado que es lo mejor para ti. Suelta entonces la mano de tu ego impaciente, que busca acelerarte para que le realices todos sus deseos. Ellos, grandes o pequeños, son siempre un querer imponer nuestra voluntad al Tiempo. Hazte amigo o amiga de la soledad y el silencio para dominar al pequeño tirano que mora en ti. No te disgustes por lo que te digo; no te hablo de una soledad y silencio eternos, pero sí de algunos minutos de verdadero silencio y soledad en el camino de tu vida, si no quieres vivir supeditado a las voces de tu “yo”, porque si lo haces te tornarás incapaz de escuchar la sagrada misa de tu corazón. Préstale oídos, y verás que te envuelve la alegría del Ser, porque en silencio y soledad, lo Bello en ti habrá despertado, siquiera por un instante. Nútrete del sagrado alimento de la paciencia. Piensa en tu hermano el roble, que llega a su adolescencia al cumplir los cien años. Todo el universo se halla pletórico de Consciencia Celeste, y así como el roble, por más que lo desee, nunca podrá transformarse en un árbol adulto a los cinco años de plantado, así también, el maravilloso árbol de tus sueños posee la edad que Dios le ha conferido, y no aquella que tu ego, siempre de prisa, siempre nervioso, siempre insatisfecho, quiere darle.

Habitas el maravilloso nido de la Ley Divina. En este planeta lo hombres somos como polluelos, a quienes alimenta una Sabiduría Invisible, perfecta y constante que de lejos proviene. Esfuérate, hijo mío, por llenarte de paz. Reza mucho. Medita más. Y aleja, con cada latido de tu corazón, a la impaciencia.

Ada Albrecht

HASTINAPURA

diario para el alma

El Avadhuta Gîtâ

Parte II

El Avadhuta Gîtâ es un breve libro de enseñanzas espirituales que se halla incluido dentro de esa maravillosa joya espiritual de la India que es el Sagrado Srimad Bhagavatam.

El nombre de Avadhuta Gîtâ está compuesto por la palabra “Avadhuta”, cuyo significado es “monje” o “santo renunciante”, y por el término “Gîtâ”, que es “canto” o “canción”,

y que a menudo se utiliza para designar las enseñanzas dadas por un Maestro Espiritual, en forma de versos sánscritos, que pueden ser recitados o cantados.

En el Avadhuta Gîtâ –que es narrado por el mismo Señor Krishna–, el Maestro Dattatreya brinda sus enseñanzas espirituales a Yadhu, un célebre Rey de Bharata Varshya,

el antiguo nombre de India. Y lo hace mencionando cuáles fueron los veinticuatro Maestros que le guiaron en el Sendero hacia Dios.

A continuación transcribimos la segunda parte.

Luego de hablar acerca de sus primeros seis Maestros, Dattatreya continúa describiendo al Rey Yadhu las enseñanzas de sus otros guías espirituales:

7. La enseñanza dada por el sol

“El Sol absorbe las aguas con ayuda de sus rayos, y, cuando llega el tiempo de hacerlo, él las entrega nuevamente a quienes la necesitan. Él no se interesa por el agua que absorbe, a no ser con el anhelo de hacer el bien a todos ofreciéndola. De modo similar, el hombre verdaderamente sabio nunca se apega a las cosas buscando la gratificación de sus sentidos, sino que las recibe a fin de poder entregarlas a los demás para beneficiarlos, ya sea con fortuna, alimentos, etc. Esa es una lección que he aprendido del Sol. Otra lección que aprendí de él es que cuando se refleja en el agua contenida en diferentes vasijas, en charcos sobre la tierra y aún en las pequeñas hendiduras hechas por los cascos de las vacas cuando caminan, el Sol que aparece reflejado en estas diferentes superficies, es simplemente eso, un reflejo del Sol, y no el Sol en sí mismo. Además, aunque el reflejo es diferente en cada caso, es el mismo Sol reflejado en todos ellos. Así también, el *Atman* que se halla encerrado en diferentes cuerpos, parece ser diferente en cada criatura, pero en realidad es el mismo *Atman* en todas ellas”.

8. La enseñanza dada por una paloma

“De ella aprendí la lección de que demasiado apego a una persona o a algo puede ser una gran causa de desdicha. Cierta vez había un palomo que vivía con su pareja. Ambos tenían un nido en la copa de un árbol. Se hallaban profundamente enamorados el uno del otro. Hacían todo en forma muy unida, ya sea volar, o detenerse en una rama, o permanecer juntos en el nido, o comer, o buscar sus alimentos. Si la paloma deseaba

HASTINAPURA

diario para el alma

algo, el palomo inmediatamente trataba de conseguirlo para ofrecérselo a su pareja. Y así vivían felices en su nido. Con el paso del tiempo, la paloma puso algunos huevos en su nido. Se abrieron, y de ellos salieron hermosos pichones, suaves y bellos. Los padres pasaban todo su tiempo atendiéndolos y dándoles un mundo de felicidad. A su vez, recibían una gran dicha al tener a esos jóvenes pajarillos para cuidarlos. Los pequeños crecieron. Pronto tuvieron sus alas y comenzaron a deleitar a sus padres con sus intentos de aprender a volar. Cierta vez, los padres fueron a buscar alimento para sus pequeñuelos. Mientras estaban ausentes, los pichones fueron hallados por un cazador. Estaban jugando cerca del nido, de modo que para el cazador fue muy fácil apresarlos en su red. Luego de recoger alimentos para sus jóvenes hijos, los padres volvieron y encontraron que los pequeños habían sido atrapados por el cazador. La paloma estaba abatida por un dolor tan grande que, deseando encontrarse con los pequeños, fue hasta donde se hallaba la red, y de ese modo, fue también atrapada. El palomo, al ver lo que estaba sucediendo, se lamentó acerca de su desdicha diciendo: “Mi querida esposa, que lo era todo para mí, ahora me abandona y va con nuestros hijos. Hasta ahora he vivido para el bien de todos ellos. ¿De qué me sirve ahora permanecer vivo sin su compañía?” Así pues, incapaz de soportar la visión de su amadísima familia tratando en vano de liberarse de la red, el padre también descendió hasta ella y fue aprisionado. Poco después, el cazador, con todo su botín, regresó a su casa muy feliz. Como las palomas, alguien que deja vagar los pensamientos sobre sus posesiones, sobre su hogar, y que se halla inclinado en adquirir bienes y otras cosas mundanas para complacerse, como el palomo, será destruido con todos aquellos que dependen de él. Este nacimiento como ser humano es la puerta al sendero que nos guía hacia la Salvación. Si el hombre no la realiza y se torna envuelto en deseos mundanales, él será como alguien que habiendo comenzado a trepar por la ladera de una alta montaña, cae luego, y la caída es muy grande, puesto que la altura hasta la cual se había levantado era muy grande”.

9. La enseñanza dada por la serpiente pitón

“Una persona verdaderamente desapegada no correrá detrás de los placeres de los sentidos. Ella debería ser indiferente a todo, como la serpiente pitón que come aquello que encuentra en su sendero, sea apetitoso o no, sea grande o pequeño. La serpiente pitón nunca busca su alimento para sí misma, ni hace ningún intento para satisfacer su hambre. Esta es la lección que yo aprendí de la serpiente pitón. De igual modo, el hombre debe estar satisfecho con lo que encuentra y no ir jamás en busca de las cosas mundanales. La serpiente pitón no se queja ni sufre cuando no halla comida diariamente, sino que espera con paciencia, aún ayunando días enteros sin pensar que ello sea una desgracia. El hombre debe también tener la fortaleza de poder soportar el hecho de que muchas cosas de las llamadas “buenas” en la vida, pueden serle negadas. El hombre verdaderamente sabio aprende a controlar sus deseos, sus sentidos, de tal manera que incluso pueda olvidarse de que ellos existen. Aunque sus sentidos se hallen alertas, aunque su mente se encuentre activa, aunque su cuerpo posea gran fuerza, aún así, el hombre debe educarlos a tal punto que se torne como dormido para todos los requerimientos de ellos. En realidad, no solamente dormido, sino también inerte. Él debe tener un solo deseo: *Moksha* o Liberación de las sujeciones materiales, y ésta debe ser su Meta”.

10. La enseñanza dada por el océano

“El hombre sabio debe ser como el océano. Su superficie es clara y límpida, y sin embargo es tan profundo que nadie es capaz de medir su profundidad. Esto quiere

HASTINAPURA

diario para el alma

decir que el hombre sabio, en su exterior, debe parecer alguien muy simple. Puesto que él no se conduce en este mundo como lo hacen los otros hombres, es decir, los hombres “sensibles”. Él debe aparentar ser un hombre absolutamente común. Sin embargo, sus pensamientos deben ser tan profundos que nadie pueda conocerlos. Nadie debe poder extraerlo de sus propósitos puesto que él es un gigante espiritual, nadie debe ser capaz de importunarlo o causarle ningún tipo de perturbación a su mente. Cuando la estación de las lluvias cubre las montañas con sus torrentes de agua, las mismas descienden tumultuosamente por sus laderas, pero, cuando se introducen en el océano, no le causan a éste ninguna perturbación. Luego, cuando llega el tiempo del verano, las aguas que fluyen hacia el océano son escasas, pero no por ello éste disminuye su nivel. De igual modo, el hombre sabio, cuando se encuentra en las garras de las pasiones, no debe permitir que las mismas le afecten ni que lo depriman cuando sus deseos se hallen frustrados”.

11. La enseñanza dada por una polilla

“Una mujer para un hombre, así como un hombre para una mujer, son la personificación de la ilusión, es decir, la personificación del *Mâyâ* del Señor. Si una criatura humana pierde su poder de razonar y de pensar, cayendo como víctima de los hechizos del otro sexo, su alma es destruida así como lo es una polilla que flirtea con una llama. Esta es la lección que la polilla me enseñó. Los cinco *Indriyas* (sentidos) son para ver, oler, tocar oír y gustar. La polilla es destruida como resultado de que su órgano visual está muy atento, así, el hombre también puede serlo cuando sus ojos lo conducen a observar lo intrascendente y pasajero”.

12. La enseñanza dada por la abeja

“Cuando el hombre come, debe tomar tan sólo la cantidad necesaria de alimento como para mantener su cuerpo y alma unidos. El ser humano, además, debe comer lentamente y no tragar los alimentos en grandes bocados. Las abejas recogen la miel de las flores, y sin embargo, ellas no toman toda la miel que las flores poseen ni se tornan avariciosas. Recogen tan sólo lo necesario. No hieren a las flores de las cuales toman la miel. Un monje o un *Sannyasin* que pide su alimento de casa en casa debe ser feliz con lo que reciba, sin criticar o hacer muecas de descontento por aquello que se le da. Como las abejas que recogen su miel de las flores, tanto de las pequeñas como de las grandes, así, el hombre debe entresacar su conocimiento de todas las cosas. El sabio debe estudiar todos los *Sastras* (Escrituras), y debe tomar de ellas aquello que él piensa que es lo esencial”.

En nuestro próximo número continuaremos con las enseñanzas de los siguientes seis Maestros del Avadhuta: el apicultor, el elefante, el cervatillo, el pez, una mujer llamada Pingala y un pequeño animal llamado Kurari.

HASTINAPURA

diario para el alma

Flores rojas... flores blancas...

*de Ada D. Albrecht
del libro Satsanga, cuentos de la India*

Una de las ideas difícilmente aceptadas por los hombres que a sí mismos se juzgan “idealistas” es que nada hay equivocado o fuera de lugar en el mundo. Decir que todo está bien parecería involucrar una consecuente actitud de “no acción”, de pasividad, de inercia; pues, si “todo está bien”, ¿para qué luchar?, ¿qué corregir?, ¿qué construir? El ser humano actúa, por lo general, valiéndose de una “mente balanza”, donde supone que para que el Bien ascienda es preciso hacer descender el platillo del mal. Este descenso supone, a la vez, un ataque a lo segundo. Este ataque, por su parte, engendra lo que precisamente quiere corregir, esto es, el Mal, pues no hay ataque sin violencia. En este círculo cerrado, la Humanidad se encuentra prisionera hace demasiado tiempo. Sólo los que atentamente y sin apegos contemplan el movimiento de la Vida se capacitan para salir del mismo y ayudar a los otros a evadirse de él.

Difícilmente una ama de casa acepte que otra le indique cómo gobernar y conducir su propia familia. Difícilmente, también, un ingeniero se avenga a escuchar los consejos sobre construcción de planos, elección de materiales, etc., del ordenanza de la empresa donde trabaja. Sin embargo, queremos arreglar el mundo, cada cual a su gusto y paladar, sin tener en cuenta que el mismo ya tiene quien vele por él, quien lo cuide y vigile sin necesidad de nuestras opiniones, y que este “alguien” es nada menos que Dios. Nosotros vemos “injusticias” y deseamos corregirlas, pero a nuestra manera; y “nuestra manera” involucra la acción de un yo tan ignorante y pequeño como la injusticia que se anhela erradicar. A estos enaltecidos deseos de restaurar la perfección en la sociedad, y a quienes se ponen en campaña para llevarlos a cabo, solemos llamar “idealistas”. Estos han sido y seguirán siendo los grandes promotores de contiendas entre el género humano, únicos culpables de cuanta guerra y violencia mancharon la faz de nuestro sufrido planeta. Alejandro era un “idealista”; César también; y también Hitler y Marx. Todos ellos buscaron, de algún modo, un camino hacia la cumbre; y lo que hallaron fue la senda por la cual despeñar a sus seguidores –y no seguidores– al terrorífico precipicio del hambre, la violencia, la anarquía, la lucha.

Un Maestro de Sabiduría desciende a la Tierra, enseña la ley del Amor y dice: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. Otro Maestro de Sabiduría desciende a la Tierra y dice: “Respetar toda Vida”. Sus discípulos, y los discípulos de éstos, sin embargo, toman esas frases como armas de guerra: arrasan y destruyen para imponer esas palabras y hacerlas reinar sobre el mundo. Ambos Maestros –Jesús el Cristo y Gautama el Budha– no aconsejaron ese medio, pero sus discípulos, “idealistas” guiados por su yo personal, lo impusieron; sin darse cuenta que de ese modo perdían la esencia de las enseñanzas de quienes llamaban sus Maestros, sumiendo a la Tierra en peor caos del que seguramente se hallaba cuando Ellos descendieron.

Por lo que llevamos dicho, el idealista, entonces, ¿no existe? Lo que llamamos tal, ¿es sólo un ser poseído por la violencia y el yoísmo?

¡No! El idealista existe; y es quien colabora con Dios, lo cual supone la muerte de su ego. No tiene otro deseo que el Divino, lo que lo lleva al desapego de todo lo terreno. No dice “yo hago” ni “yo soy”, no contrapone el bien al mal, no actúa valiéndose de los pares de opuestos. No precisa incentivarse en la desdicha para sembrar felicidad, ni ver

HASTINAPURA

diario para el alma

imperfecto al mundo para construir en él algo perfecto. No actúa con la mente dual, sino con la mente espiritual. No sueña con derrotar a nadie, porque sabe que él mismo caería con los derrotados; no lucha “contra”, pues en él no hay opuestos. Contribuye al Bien, sin violentarse a sí mismo para esa construcción. No habla mal “de”; no censura “a”; no critica, no se parapeta, no se amuralla, no extrae su fuerza de ningún tipo de disconformidad, rechazo u odio a ninguna persona o sociedad viviente. El verdadero idealista es, en síntesis, el santo; pero no según nuestro concepto de “santo”, que por lo general es estrecho y apagado, sino santo en el sentido de alma envuelta en el poder de hacer y de sembrar, puesto que lleva la fuerza Divina resplandeciendo en todo su Ser; y lo Divino no odia, ni rechaza, ni se autoenaltece, ni opina, ni cree: Es. Lo que Es se halla acabado, perfecto; y sólo lo que está acabado y perfecto puede sembrar perfección y acabamiento en los otros. El que se alimenta del error y ve continuamente las maculaciones de sus semejantes, no puede corregirlas por más que lo desee, pues parte de un principio equivocado. Fidias, al labrar sus estatuas, seguramente que no pensaba en las imperfecciones del mármol olímpico –que las tendría– sino en el arquetipo a plasmar en él; y era este constante pensamiento de lo perfecto lo que lo facultaba para crear la perfección.

Estos extraños y escasos seres capaces de actuar valiéndose de la mente espiritual son los que construyeron, para todos, los verdaderos caminos hacia Dios. No siguen sus opiniones, sino el Dharma universal; no hacen caso a sus sentimientos –los sentimientos son gobernados por la variabilidad–, sino a la voluntad Divina, de la que ellos se intuyen instrumentos. Poseen mente quieta, mente depurada, mente desnuda ya de gusto y de rechazo. Ellos mismos son una plegaria, y, como tales, llevan hacia la paz y la oración a los otros, que trabajan para imponerlas sin lograr atravesar la barrera de los inconvenientes.

Huye la verdad del hombre gobernado por sus creencias particulares; pues no fructifican las semillas arrojadas al fuego. Un hombre consumido por su pasión de “hacer”, no puede hacer: sólo se autoplasma en los demás, y en la sociedad autoplasma su yo; pero no el Yo Divino, que para manifestarse no precisa de nuestros febriles “idealismos”.

Quien pretenda construir el Bien, debe erradicar todo deseo de destruir el Mal. No oponer mentalmente a su obra buena la mala obra. Si hay oposición, se trabajará en falso; y la acción no rendirá los frutos deseados.

Sin mente espiritual, la ecuanimidad no puede existir, pues todo cuanto observemos en el mundo estará teñido de nuestras falsas opiniones.

Sobre lo que acabamos de decir, y a modo de ejemplo, narraremos el cuento siguiente:

Se hallaba el sabio Guru Gnanananda en compañía de sus discípulos, narrando las aventuras del dios Hanuman en el jardín Azoka de la isla de Lanka, donde se encontraba prisionera Sita, la esposa de Rama. Rama y Sita eran encarnaciones de Vishnu y Lakshmi respectivamente. Ambos eran adorados por Hanuman con todo su ser. Este último había ido a Lanka, llevando un mensaje de Rama a su esposa Sita, la cual, como decíamos, estaba retenida en esa isla por un demonio. Acostumbraba ésta a pasear por los jardines del palacio; jardines que llevaban el nombre de un viejo rey conocido como Azoka.

Narraba el sabio Gnanananda el encuentro entre la atribulada Sita y Hanuman, portador de un mensaje de su esposo Rama, y así decía:

HASTINAPURA

diario para el alma

–Cuando Hanuman llegó al jardín del palacio, lo primero que vio fue un maravilloso camino a cuyos lados florecían las más bellas rosas blancas que podamos imaginar.

Lo que Gnanananda ignoraba era que el mismo dios Hanuman había descendido del Svarga o cielo indio, para escuchar la narración sobre su propia persona por boca del ilustre Guru, y que, por lo tanto, se hallaba mezclado entre sus discípulos.

Al escuchar esta descripción del camino de los jardines reales, Hanuman no pudo contenerse y dijo:

–Sabio Guru, tus palabras son gotas de ambrosía para todos nosotros, y tu narración es en verdad celestial. Sin embargo, permíteme corregir esto que llevas dicho sobre las flores. No eran blancas, como supones, sino rojas.

Gnanananda contestó:

–Divino dios de la devoción y la misericordia, sabio y magnánime Hanuman: Aunque mi admiración por ti es infinita, no puedo, sin embargo, callar la verdad: las flores que tú viste eran inmaculadamente blancas.

Hanuman quedó estupefacto.

–Fui yo –espetó–, quien fue como mensajero del Dios Rama a la isla de Lanka; yo quien halló a Sita, su esposa, en los jardines; yo quien cruzó por el camino de tu narración. Así, ¿cómo pretendes saber más que yo mismo? Te repito sapientísimo Gnanananda, que las flores que vi eran completamente rojas.

El ilustre Guru preguntó entonces al dios de la misericordia, que se encontraba tan seguro del color de las flores que había visto.

–¿Puedes decirme a qué fuiste a Lanka? ¿Quién era Ravana?

–Fui a Lanka –dijo éste– a rescatar a Sita, ya lo sabes; y sabes también que Ravana era un demonio de la peor estirpe, al que con gusto incendié su ciudad diabólica, haciendo que perecieran con ella sus habitantes, engendros de las tinieblas. Bien conoces tú la historia de Ravana, el monstruo que raptó a Sita del ashram donde se hallaba con mi dios Rama, su esposo, provocando con ello desdichas sin cuento y tantas lágrimas que el mar, comparado con ellas, es sólo una gota de rocío.

–Pues bien, dijo entonces Gnanananda, si hubieras ido a Lanka movido por tu deber y amor, sin odio contra Ravana, hubieras podido apercibirte del color de las flores, que eran realmente blancas. Fue sólo tu odio lo que te hizo verlas de color rojo.

HASTINAPURA

diario para el alma

La suprema religión: la religión del amor a Dios

Sobre la devoción

Parte I

La naturaleza de la devoción

La Devoción es el poder más elevado del Amor Divino. La Devoción es el Poder esencial de Dios. Dios nos infunde la Devoción dentro de la mente de Sus devotos. Esa Devoción no puede manifestarse tan sólo por el esfuerzo del devoto, ya que la mente es débil y no apta para la conquista de ese Supremo don, por sí sola.

La Devoción que consiste en tomar refugio en Dios, en oír y cantar los Nombres de Dios, produce intensa alegría en el corazón. Si deseamos saber quién es un hombre o una mujer devota, busquemos a alguien que no tema a la muerte, a la pobreza, etc., y que al hablarnos de Dios –sea Jesús de los cristianos, Budha de los nepaleses, Alah de los musulmanes, etc., etc.– se encuentre siempre contento. El contentamiento espiritual, la alegría de estar con Dios en el corazón, es el verdadero rostro de la santidad. En efecto; si estoy con mi Ser querido, estoy feliz, no acongojado ni triste. La tristeza es una de las hijas del ego mortal. El estado de Bienaventuranza es Hijo del Espíritu.

El apego a oír y cantar los Nombres de Dios es generado por Dios mismo, en el alma de Sus devotos. Ese apego es como una ofrenda, un regalo de Dios a la humilde criatura suya que Lo busca, y esto si Su criatura lo hace con intensidad y sinceridad. La Devoción constante produce apego y un incipiente amor por Dios. Dios debería ser adorado con Devoción, y si todo ese amor se halla volcado hacia nuestro querido Padre Celestial, esa misma fuerza divina vigorizará la voluntad para que pueda ser conquistado el ego desamorado, el ego escéptico, el ego personal.

La Devoción genera apego a Dios, el apego produce amor incipiente por Él; ese amor incipiente madura gradualmente y se torna en un amor ardiente, un amor apasionado. La Devoción es del agrado del Señor. Él otorga amor devocional a Sus adoradores si estos continúan su adoración constante y repetidamente por un largo período. Dios se complace con Su adorador tan sólo por Su Devoción. Si es un hombre ilustre, un dios, un sabio, el supremo sacerdote de cualquier religión, etc., etc., eso no le importa al Señor. Buena conducta o grandes conocimientos, o grandes obras de caridad, o sacrificios, o suprema pureza, o inclinaciones y reverencias ante Él, eso no le importa al Señor, Él sólo se siente profundamente complacido con el Amor, con la pura Devoción que le entregan Sus hijos. Todas las otras cualidades son insignificantes para Él. Como decimos: fortunas morales, o materiales, sin amor a Dios, austeridades, conocimiento, agudeza de los órganos sensibles, fuerza, inteligencia, etc., etc., no son necesarios para la adoración a Nuestro Señor, Él sólo se complace con el Amor. La Devoción es un modo del poder esencial de la Bienaventuranza de Dios, infundida en la mente de Sus devotos. La Devoción es la vida o raíz de toda clase de satisfacción o realización, así como el agua es la vida de todas las criaturas. La realización espiritual es en verdad la Realización en Dios, y la Devoción es la vida de todas las culturas espirituales.

La Devoción es el más elevado medio para la realización del Señor. Algunas de las características de la Devoción son: escuchar sobre Dios, hablar de Dios, cantar a Dios, recordar a Dios, servir a Dios, adorar a Dios, reverenciar a Dios, amistad con Dios y Autoconsagración.

HASTINAPURA

diario para el alma

Devoción significa adoración a Dios sin ningún deseo por nada mundano o supramundano y la concentración de la mente en Dios. Devoción es servicio al Señor. Este es el mejor medio que uno tiene para alcanzar la realización en Dios. Ello consiste en esperar todo de Dios con mente y cuerpo, es la total rendición ante Él, ofreciéndole enteramente nuestro ser.

El temor a Dios no es devoción, porque ese temor solo genera pensamientos sobre Él. Ese miedo evoca una actitud hostil hacia Dios.

El temor a Dios no es devoción, porque ese temor solo genera pensamientos sobre Él. Ese miedo evoca una actitud hostil hacia Dios.

No debemos olvidar que la Devoción tiene la misma naturaleza de Dios, porque ella, o sea la Devoción, el Amor, es un modo de Su Poder Esencial de Bienaventuranza. Dios mismo propone el culto de la Devoción para una rápida realización en Él, para las personas atrapadas en el mundo de la ilusión. La Devoción es esa disciplina espiritual por la cual todos los otros bienes son obtenidos.

HASTINAPURA

diario para el alma

Una enseñanza del Taittiriya Upanishad

Por Claudio Dossetti

Los Upanishads conforman la parte de mayor profundidad filosófica y metafísica de los Vedas (los Textos Sagrados de India). Grandes escuelas de misticismo se hallan basamentadas sobre sus enseñanzas, las cuales han sido transmitidas de Maestros a discípulos y de generación en generación mediante el sagrado “Shru”, esto es, “el oír en forma directa de los labios del Maestro”. De allí que a los Upanishads se los conozca también como los “Shrutis”, es decir “aquello que ha sido oído”. Esto nos recuerda que la mera lectura de un libro no basta para comprender su esencia; es necesaria la presencia viviente del Maestro o Guru. Los libros son similares a un conjunto de leños: en ellos mora el divino fuego, pero es imprescindible la chispa (la presencia del Maestro), para que puedan brindar su luz y calor. Esta relación cercana entre Maestros y discípulos se halla mencionada incluso por la misma palabra “Upanishads”, cuyo significado es “hallarse a los pies del Maestro”.

Existe un gran número de Upanishads –suelen mencionarse ciento ocho–, si bien once de ellos son llamados los “Upanishads Mayores”. Este título no es debido a su extensión, ya que algunos son extremadamente breves, como el Mândûkya Upanishad, sino en virtud de su elevado contenido metafísico, su sacralidad y también debido a los comentarios que los más grandes Acharyas (Maestros) han realizado acerca de ellos.

Entre estos Upanishads Mayores encontramos el famoso Taittiriya Upanishad, que se encuentra en el Yajur Veda y se halla dividido en tres breves Capítulos. De él hemos extraído las siguientes palabras:

Después de haber enseñado los Libros Sagrados, el Maestro debe instruir a su discípulo del siguiente modo:

“¡Habla siempre con la Verdad! ¡Cumple con tus deberes! ¡No seas negligente en el estudio de los Libros Sagrados! Después de haber ofrecido a tu Maestro su Daksina (la ofrenda al Guru), no cortes la línea de su descendencia (es decir, el discípulo, a su vez, debe enseñar a otros lo aprendido). ¡Nunca te apartes de la verdad! ¡Nunca te apartes de tu Dharma (deber)! ¡No seas negligente para hacer lo que es útil! ¡No seas negligente en el aprendizaje y la enseñanza de los Libros Sagrados!”

“Cumple siempre tus deberes hacia los Dioses y tus Ancestros (tus antepasados y tus Maestros). Trata a tu madre como a Dios. Trata a tu padre como a Dios. Trata a tu Maestro como a Dios. Trata a tus huéspedes como a Dios. Realiza las buenas acciones, no las malas”.

“Hay hombres sabios que son mejores que nosotros. Ellos deben ser atendidos por ti. Ofréceles tu asiento (es decir, cuídalos). Todo cuanto les das hazlo con fe, alegría, modestia y gentileza”.

“Si en tu mente apareciese una duda con respecto a algún acto que debes realizar, o alguna duda con respecto a tu propia conducta en una determinada situación, haz lo siguiente: piensa en cómo actuarían los sabios en esa misma situación, los sabios competentes para emitir juicios rectos, los sabios consagrados a las buenas obras, los sabios que actúan rectamente sin ser obligados por otros y los sabios que no son

HASTINAPURA

diario para el alma

demasiado severos, pero sí, fervientes amantes del Dharma (la rectitud). Actúa como ellos, y no te equivocarás”.

“Ahora, con respecto a las personas que te atacan y hablan en contra de ti, haz lo siguiente: piensa en cómo actuarían los sabios en esa misma situación, los sabios competentes para emitir juicios rectos, los sabios consagrados a las buenas obras, los sabios que actúan rectamente sin ser obligados por otros y los sabios que no son demasiado severos, pero sí, fervientes amantes del Dharma (la rectitud). Actúa como ellos, y no te equivocarás”.

“Esta es la conducta que debes seguir a lo largo de tu vida. Esta es la enseñanza que te brindo. Esta es la Enseñanza Secreta de los Vedas. Este es el mandamiento de Dios”.

“Esto es lo que debes observar en tu vida. Sí, solamente esto debes observar a lo largo de tu vida”.

Esta enseñanza es dada por el Maestro al discípulo cuando finaliza la instrucción acerca de los Libros Sagrados, ya que el conocimiento filosófico por sí solo no basta para que el ser humano alcance el Supremo Bien. Es imprescindible que actúe de conformidad a la más elevada moral y sea un devoto seguidor de la Ley Divina. De otro modo su mente será habitada por bajos pensamientos, y en su corazón no podrá manifestarse el Conocimiento Divino.

¡Dios, Nuestro Señor permita que las enseñanza de los Upanishads y los otros textos Sagrados puedan hallar morada en nuestro interior!

HASTINAPURA

diario para el alma

El antiguo Egipto: la tierra de los Dioses

Por Pablo Mestre

Parte I

Devoción y alegría

El pueblo de Khemis, como llamaban a su tierra los antiguos egipcios, era muy religioso y devoto. Razón tenía Herodoto, el conocido historiador griego, al referirse a ellos como “los más religiosos de todos los hombres”. Admirado este ilustre viajero de la proliferación de los dioses en las tierras del Nilo, dijo igualmente de sus habitantes: “¡Oh buenas gentes, a quienes hasta en sus huertos nacen dioses!”.

Tenían una visión tan sutil del universo que todo lo atribuían a seres maravillosos, cada cosa a cada uno, formando un universo entero de dioses. Y su devoción nacía de su espontánea gratitud, y de allí la actitud de sincera ofrenda y regocijo en su relación con la Divinidad. Quizá residía allí la clave de su felicidad. Porque nadie puede negar que se trataba de un pueblo fundamentalmente feliz, lleno de música y poesía.

El interés de los egipcios por la muerte no significa que fueran tristes o pesimistas, al contrario; para ellos, una de las maneras para prepararse para la muerte era disfrutando la vida. La alegría de vivir de los egipcios se muestra en casi todas las manifestaciones artísticas de este pueblo: en pinturas y esculturas que decoraban los templos, en los objetos de uso cotidiano, en la poesía.

Es este mismo sentido místico de la vida el que permitió florecer lo que hoy conocemos como Escuelas de Misterios, verdaderos centros de vida espiritual, apartados de los caminos del mundo y dispuestos para los peregrinos que arribaban al fin de su camino: el encuentro con Dios cara a cara. Las Escuelas de Misterios estaban asociadas a una divinidad en particular, y la enseñanza se impartía centrándose en sus mitos. De estos templos nos llegan vagas referencias, pues el hermetismo era una regla inquebrantable que tomaban quienes en ella ingresaban. Mas es de destacar su influencia en toda el Asia Menor y Grecia, en donde surgieron numerosos Templos de Misterios, y en el pensamiento incipiente de la filosofía griega.

Dios y los dioses

Existe una filosofía religiosa que parece prevalecer desde las más antiguas épocas: el monoteísmo. En los Libros de Sabiduría encontramos máximas como

Cuando la previsión de los hombres no se ha realizado, se ejecuta la orden de Dios.

El que come pan depende de la voluntad de Dios.

Si eres respetuoso e imitas a un hombre sabio, toda tu conducta será buena ante Dios.

Se la encuentra en todas las épocas, en el lenguaje corriente de la clase instruida, como por ejemplo, en esta declaración de Hapidjefa, gobernador de la provincia de Asiut en la Dinastía XII:

Yo he satisfecho a Dios en lo que El ama, recordando que compareceré ante Dios en el día de mi muerte.

Incluso, el trasfondo de los diversos mitos relativos a la creación es siempre el Dios misterioso, trascendente, sin nombre ni forma. Esta visión abstracta e impersonal de

HASTINAPURA

diario para el alma

Dios cobró variadas formas a través de los tiempos, según los diversos sistemas teológicos y metafísicos. En ellos se mantiene la idea de la unicidad de Dios y su aspecto trascendente; las diferencias estriban en que divinidad asume, en los distintos relatos míticos, el rol de Dios creador, o primera manifestación del Absoluto dentro de este mundo finito. Por ejemplo, en la ciudad de Menfis, la divinidad creadora era Ptah; en Heliópolis, la ciudad del Sol, era Ra.

Sin embargo, las especulaciones teológicas no constituyeron libros sagrados que codificasen la devoción u otorgaran autoridad divina a la fe. Tampoco se interesaron por la controversia: diversas interpretaciones de un mismo mito pueden hoy aparecer con carácter fetichista o como un sutil y místico simbolismo.

La religión egipcia, pues, no se basaba en dogma alguno, sino en la adoración y la gratitud, en el hecho de rendir homenaje a Dios, independientemente de la forma elegida para la adoración. Los dioses, como manifestaciones primeras del Supremo, eran considerados los poseedores legítimos del suelo egipcio y señores de los seres humanos, y reverente y fervorosamente se les adoraba. El lazo religioso que unía al pueblo egipcio era su devoción práctica, acompañada de la libertad de elección del Ideal Divino.

El rey aseguraba templos provistos con dotaciones a los dioses adorados en cada región, y les rendía honores bajo sus títulos tradicionales; de ese modo, el rey incentivaba a sus súbditos a devocionarse a alguna imagen divina, y él mismo era ejemplo de ello.

A lo largo de la dilatada existencia del reino de Khemis, fueron numerosos los dioses reverenciados y sus mitos. A su vez, las gentes de cada territorio tenía sus dioses particulares, a quienes habitualmente adoraba en una tríada; la figura principal estaba generalmente asociada al Sol, el símbolo divino por excelencia para los egipcios. Cada dios tenía una historia propia o un mito, que podía variar de un territorio a otro.

En nuestro próximo número continuaremos con “El Antiguo Egipto, la tierra de los dioses”, en el que se tratará acerca de la devoción al divino Osiris.

HASTINAPURA

diario para el alma

Del Tao Tê King

A continuación transcribimos los Capítulos 7 y 8 del Tao Tê King, el principal Texto Sagrado del Taoísmo, escrito por el Maestro Lao Tse. Se nos habla aquí acerca de la virtud del inegoísmo y el olvido de sí mismo como sendero hacia la Unión con el Tao o Dios Absoluto. El Camino hacia la Realización Espiritual –nos enseña Lao Tse–, nace en la sencillez, la pureza y la más completa sinceridad.

Capítulo 7

No vivir para sí mismo

El Cielo es eterno y la Tierra permanente.

La razón por la cual ellos son eternos y permanentes es que no viven para sí mismos.

Por lo tanto, viven para siempre.

Del mismo modo, el Sabio siempre se mantiene a sí mismo a la zaga de los demás y, por lo tanto, está adelante y puede guiarlos.

Él se olvida de sí mismo, y de este modo siempre se halla amparado y protegido.

¿No es acaso debido a que él no se interesa por sí mismo, que las intenciones puras de su corazón son realizadas?

Capítulo 8

La virtud del agua

El Bien más elevado es como el agua. El agua beneficia a todas las criaturas, pero nada desea para sí misma. Ella va a lugares a donde nadie más quiere ir. Ese es el motivo por el cual está siempre cerca del Bienaventurado Tao.

Cuando debas hacer tu morada, busca, por sobre todo, un lugar sencillo, santificado y puro.

En el camino del sentimiento, haz que tu corazón sea profundo, y además, que no cambie.

En la amistad, guarda los buenos términos con las personas.

En las palabras, sé veraz.

En el gobierno, vela ante todo por la rectitud y el buen orden del reino.

En las ocupaciones, toma las cosas con calma.

Y en las acciones que realices, haz uso de la buena oportunidad.

De este modo, evitando los conflictos, te hallarás en paz.

HASTINAPURA

diario para el alma

EL Almacén de azúcar

Qarsum Bibi miró en el cuarto de su hijo de 12 años, Farid. Estaba arrodillado en su alfombra de oraciones. Estaba complacida con su hijo. Él no solo oraba regularmente, sino que a la edad de ocho años, había aprendido profundamente el Koran, la sagrada escritura de los musulmanes.

Repentinamente, le sobrevino un temor, “Oh, no! he olvidado colocar el azúcar bajo la alfombra de oraciones de Farid!”. Desde que Farid era un niño pequeño, ella en secreto había ocultado *shakar* (azúcar) bajo su alfombra de oraciones. Siempre que Farid terminaba de orar, levantaba la alfombra y encontraba el azúcar. El muchacho siempre creía que los dulces eran una recompensa para él, del Señor. En esta forma, él tenía el hábito de orar y como su madre, nunca se perdía sus oraciones.

“¿Ahora que haré?”, se preguntaba la madre de Farid. “Se dará cuenta de que no existen hoy dulces y perderá su fe”. Ella esperó, observando al muchacho y preguntándose que debería hacer.

Cuando Farid terminó sus oraciones, levantó la alfombra de oraciones para buscar los dulces. Para sorpresa de su madre, el muchacho encontró el acostumbrado puñado de dulces. Tal era la devoción de Farid y la gracia de Dios, que el azúcar había aparecido bajo la alfombra de oraciones. Este milagro le dio a Farid el sobrenombre “Shakarganj” que significa “un Almacén de azúcar”.

Baba Farid (1173-1265) fue un gran santo Sufi. Nació en Khatwal en India. A una temprana edad encontró a su Maestro, Khwaja Qutbuddin Bakhtiyar Kaki, y posteriormente recibió de él la iniciación. La vida de Farid fue llena de amor, devoción y estricta obediencia a su Maestro y cuando su Maestro dejó el mundo en el año de 1240, Baba Farid le sucedió. Es uno de los primeros santos Sufis cuyos escritos han llegado hasta nosotros. Tres siglos después de él, uno de sus sucesores compartió sus versos con Gurú Nanak, quien inmediatamente reconoció el poder y significado espiritual de sus poemas y los copió para él.